



Ensayo

**Nuevo orden espacial de la globalización:  
encrucijadas y horizontes\***

Nouveau ordre spatial de la globalisation:  
carrefours et horizons

MARÍA LAURA SILVEIRA <sup>1,2</sup>

\* Conferencia dictada en el 4to. Ciclo de Conferencias sobre Geografía y Debate Teórico Contemporáneo, en la Universidad Academia de Humanismo Cristiano. (8/11/2010)

<sup>1</sup> Investigadora Independiente CONICET / Universidad de Buenos Aires,  
Buenos Aires, Argentina.

<sup>2</sup> Universidad de São Paulo, San Pablo, Brasil. E-mail: laurasil@usp.br

---

RESUMEN

Para debatir las encrucijadas y horizontes del espacio geográfico en el período de la globalización este trabajo se estructurará en cinco puntos. El primero es una introducción sobre el período de la globalización, sus variables determinantes y los elementos que componen el respectivo orden espacial. El segundo punto aborda un elemento constitucional fundamental de ese orden espacial: la técnica, enfatizando su relación intrínseca con la ciencia. El tercer punto tratará del espacio geográfico nacional como un conjunto plural de divisiones territoriales del trabajo, con la hegemonía de la división del trabajo constituida por las variables determinantes. El cuarto punto analizará las complejas relaciones de cooperación y conflicto entre los oligopolios que conducen esa división territorial del trabajo moderna y el Estado. Finalmente, presentamos una discusión sobre las posibilidades elaboración de otros pactos territoriales en el futuro.

Palabras-clave: Espacio Geográfico, Período, Técnicas, División Territorial del Trabajo, Oligopolios

RÉSUMÉ

Pour examiner les carrefours et horizons de l'espace géographique dans la période de la globalisation ce texte présente cinq points. Le premier est une introduction sur la période de la globalisation, ses variables déterminantes et éléments qui composent le res-

pectif ordre spatial. Le deuxième point examine un élément constitutionnel fondamental de cet ordre spatial: la technique, en soulignant ses rapports intrinsèques avec la science. Le troisième point observe l'espace géographique national comme un ensemble pluriel de divisions territoriales du travail, avec l'hégémonie de la division du travail constituée par les variables déterminantes. Le quatrième point analyse les complexes relations de coopération et conflit entre les oligopoles que conduisent cette division territoriale du travail moderne et l'État. En dernier lieu, on discute des possibilités d'autres pactes territoriaux vers le futur.

Mots-clés: Espace Géographique, Période, Technique, Division Territoriale du Travail, Oligopoles.

---

## INTRODUCCIÓN

### *GLOBALIZACIÓN, UN PERÍODO: ELEMENTOS CONSTITUCIONALES Y NUEVO ORDEN ESPACIAL*

Los problemas del orden espacial en la contemporaneidad necesitan ser abordados, al menos, de dos formas: en primer lugar, la globalización es una realidad histórica y debe ser estudiada como tal pero, en segundo lugar, la globalización es también un denso discurso. Como realidad histórica, la globalización nos pone ante un conjunto nuevo de existencias y de eventos, es decir, un período histórico, cuyo análisis es una tarea ineludible. Mucho más que los períodos anteriores, nuestro presente se caracteriza por una intensa interdependencia de eventos y existencias. Sin embargo, no podemos dejar de lado otra forma en que la globalización se revela, es decir, como ideología y discurso; en el decir de Milton Santos (2000, p.18), “el mundo tal como nos hacen creer: la globalización como fábula”. Y, en este

sentido, podríamos mencionar por lo menos tres características de este discurso que afirma que la globalización es perdurable, es decir, se presenta lo que vivimos como si no tuviese final, contrariamente a cualquier otro período histórico; que es homogénea y, por eso, no habría más diferencias entre los lugares; y por último, que es inevitable porque no hay ninguna otra alternativa a lo que estamos viviendo. A partir de esas tres cualidades –perdurabilidad, homogeneidad e inevitabilidad– se produce la convicción de que no existe otro orden socio-espacial posible. Por esas razones, es fundamental identificar las variables determinantes de la época, aquellas que nos revelan la novedad y permiten explicar las dinámicas contemporáneas, sus inicios, crisis y rupturas.

Para ello, nuestra perspectiva analítica parte del espacio geográfico, considerado una categoría autónoma que sintetiza un corpus conceptual propio de la disciplina, pero siempre en el contexto de la teoría social. Una

de las características definidoras de la realidad social contemporánea es que las variables determinantes se vuelven dominantes (Santos, 1988). Esto no sucedía en otros períodos históricos, pues las variables que eran motores de la historia no siempre estaban presentes, como existencias o como discurso, en todos los rincones del planeta. En los días de hoy las variables-motoras además se banalizan, aunque lo hagan en cantidades y cualidades bastante diversas. No se trata de variables determinantes como pueden haber sido la industria, la manufactura o inclusive el comercio internacional en períodos históricos anteriores, sino de un complejo de variables que producen los objetos e impregnan las acciones, alcanzando más o menos visiblemente a todas las personas, a todos los sectores, a todos los lugares. Pueden ser identificadas como la tecno-ciencia, la información y las finanzas.

Un trazo propio de ese complejo es que la ciencia es producida al servicio de la tecnología, la cual, a su vez, es fabricada siguiendo los dictámenes del mercado (Santos, 1996). Esto significa que estamos rodeados de búsquedas científicas predeterminadas, es decir, las preguntas ya están formuladas y los descubrimientos, orientados. Vemos esto en numerosos parámetros académicos actuales, en las agendas de investigación, en las asociaciones entre universidades y empresas, en las pautas de congresos y revistas internacionales. Difícilmente las cuestiones son verda-

deramente nuevas o independientes de tales demandas.

Decir que las variables determinantes se hicieron, al mismo tiempo, dominantes significa también señalar que generaron sus propias crisis. Cuando leemos el prospecto de un medicamento, por ejemplo, vemos cómo los grandes laboratorios, responsables del alto contenido químico de la medicina actual, se están protegiendo de posibles conflictos consecuentes de la propia potencialidad del producto creado. Con relación a las finanzas, observamos que, en el momento en que el crédito se expande ostensivamente adviene una crisis financiera. Podríamos decir, con Milton Santos (2000), que la información y el dinero en estado puro, crean sus propias crisis y son productores en gran medida de la violencia que vivimos en el mundo actual. A pesar del impacto y sufrimiento que causan, todas esas crisis son igualmente pistas para la esperanza de transformación.

Esas variables producen una extensión planetaria; hoy el ecúmeno y el planeta se funden, se confunden y muestran su infinita diversidad. Ningún período antes de la globalización conoció una interdependencia planetaria de los eventos, que puede ser reconocida a partir de tres tendencias constitucionales: unicidad técnica, convergencia de los momentos y unicidad del motor (Santos, 1996).

La unicidad técnica significa la posibilidad histórica de producir en

todos los puntos del planeta y de crear un producto global, a partir de un único sistema técnico. Uno de los ejemplos más conocidos es tal vez el de la marca Nike, por la separación de las etapas del trabajo, la profunda normatización y la fabricación de un producto global, cuyas partes se han hecho en distintos puntos del planeta. Esta división del trabajo es posible, especialmente, por la técnica de la información, es decir, la posibilidad técnica de fluidez de órdenes y normas que permite la unificación de las etapas del trabajo a lo largo del planeta. La unicidad de las técnicas no alude a la presencia de una técnica única, ni tampoco a la desaparición de las demás dando lugar a la instalación de un sistema exclusivo. En realidad, se trata de un sistema técnico hegemónico, dominado por las grandes empresas sea en la fabricación, sea en las tarifas o en las patentes, que se impone como denominador común y, por lo tanto, imprime una escala de valores, al resto de las formas de trabajar y producir.

Esa primera tendencia constitucional se acompaña de una segunda, que es la convergencia de los momentos o la unicidad del tiempo. Fundada en las técnicas de la información, la convergencia de los momentos es la posibilidad de conocer instantáneamente eventos lejanos y de percibir esa simultaneidad. En el final del siglo XIX cuando se abolió la esclavitud en Brasil, la noticia sólo llegó algunos años después a la región amazónica. Al contrario, este año todo el planeta

acompañó, en tiempo real, el rescate de los mineros chilenos. Ese conocimiento recíproco de los eventos fortalece, a su vez, la interdependencia entre ellos y nos convence de la información y comunicación globalizadas, permitiendo la elaboración y difusión del “pensamiento único” (Ramonet, 1998). Emir Sader (2009) atribuye la posibilidad de difundir el pensamiento único a las condiciones monopólicas en que se realiza. Es el caso de la CNN. Entretanto, que el tiempo pueda convergir no significa, evidentemente, que se unifique. Continuarán existiendo tiempos dentro del tiempo o temporalidades diversas, en otras palabras, visiones plurales del tiempo y velocidades diversas. Criticando el “tiempo homogéneo y vacío” del capitalismo, así como la idea de la convivencia del tiempo de lo moderno y del tiempo de lo premoderno, Chatterjee (2008, p. 62-63) defiende que aquello que suele llamarse “otros tiempos” no son supervivencias de un pasado premoderno sino “nuevos productos del encuentro con la propia modernidad”.

No menos importante, la tercera tendencia es la unicidad del motor o la unicidad de la plusvalía. Este período histórico conoce, más que otros, la emergencia de una plusvalía mundialmente generada que, además, está concentrada en un puñado de firmas-red, holding, bancos, fondos de inversión, fondos de pensión, fondos oscuros, aseguradoras, entre otros. Chesnais (2005, p. 35) explica las lógicas y me-

canismos de las instituciones financieras bancarias y no bancarias que “hacen dinero” bajo la forma de “intereses de préstamos, de dividendos y de otros pagos recibidos a título de posesión de acciones”.

Las tasas de lucro obtenidas por esos agentes hegemónicos, en la denominada economía inmaterial, se instalan como parámetro para las demás formas de economía y trabajo. Las instancias de circulación del capital bajo la forma de dinero revelan su superioridad sobre aquellas que transforman el dinero en mercadería y nuevamente en dinero. El corolario es una creciente desvalorización de estas últimas. De allí la idea que el dinero en estado puro es una variable determinante y dominante.

Estas tres tendencias constitucionales pueden ayudar a definir el período de la globalización y plantean el desafío de comprender los bruscos cambios de papeles en el territorio y en los lugares, así como sus nuevas jerarquías en los mapas nacionales. Se rompen los órdenes precedentes y se crean nuevos problemas de método, porque no conocemos bien las nuevas lógicas y sus repercusiones sistémicas. En ese contexto existe, indudablemente, una tendencia a mezclar restos de interpretaciones de situaciones pasadas con intuiciones nuevas, a veces mal asimiladas al presente confundiendo el esquema conceptual. Frecuentemente esto crea un caldo de cultivo para las

teorías e interpretaciones inspiradas en realidades ajenas. Si es verdad que la vida social pasa a ser regida por un motor común, ello no significa, como ya mencionamos, homogeneidad. Nunca el mundo fue tan diverso.

### *LA TÉCNICA CONTEMPORÁNEA*

Frente a las nuevas lógicas planetarias y a sus respectivas repercusiones en los países y lugares, la técnica adquiere una centralidad mayor en la comprensión del espacio geográfico. Sin embargo, no nos referimos aquí únicamente a la tecnología, sino al fenómeno técnico que, incluyéndola, va más allá de ella. En otras palabras, el fenómeno técnico está constituido por los objetos técnicos o la tecnología más su uso, éste siendo cada vez más un conjunto de procedimientos, es decir, una “técnica de acción” (Santos, 1996). Comprendiendo objetos y usos, el fenómeno técnico se asocia a la acción contingente que, entretanto, no se explica sin la política. Aquí la política es vista como el reino de la acción posible, es decir, como la oportunidad de combinar, de forma diversa, los objetos y sus usos. Por ello, técnica y política representan un par histórico fundamental para emprender la tarea de análisis.

Además, considerar la técnica como fenómeno significa enfatizar que interesan todas las técnicas y no sólo las más modernas, todas las téc-

nicas y no únicamente las agrícolas o las industriales. De allí que no se trata de considerar en el esquema de método las técnicas aisladas sino los sistemas técnicos o, en otras palabras, un medio resultante de las técnicas y no la técnica en sí. En la constitución de verdaderos sistemas técnicos, el papel de la ciencia ha sido decisivo. Ya en la década de 1970, un filósofo como Jean Ladrière (1977) podía escribir que la tecnología era la mediación concreta y material entre ciencia y vida cotidiana. Para ese autor (Ladrière, 1977), la tecnología es la faz visible de la ciencia y ésta no es más un método puro de conocimiento, sino un sistema de acción, que provoca transformaciones tecnológicas y políticas. En la opinión de Bruno Latour (2008), hoy la ciencia hace coincidir sus límites con los del resto de los intercambios sociales. La ciencia impregna los sistemas de acciones, diríamos nosotros, y por eso tienden a desaparecer los límites entre la ciencia y otras interacciones sociales. No sin ironía un economista marroquí como Zaoual (2006, p. 63) se refiere a la “santa alianza” entre técnica, ciencia y mercado. Lo cierto es que esta mercantilización de la producción científica y tecnológica está en la base de la globalización del fenómeno técnico: es la tecnoesfera, como la denominó Milton Santos (1996), la tecno-naturaleza en palabras de Cohen y Tarnero (1994) o el tecno-cosmos propuesto por Pra-des (1992).

Hoy el problema tecnológico se impone a los demás. El principio que rige la acción es la obtención del efecto deseado con la máxima eficacia y, por esa razón, se prioriza la automatización en la implantación de los nuevos sistemas técnicos. La automatización evita la indeterminación propia de la decisión humana y, por ese camino, significa también una disminución de los costos. Jacques Ellul (1968) aseveraba que, en el automatismo, no hay más posibilidad de elección entre dos métodos técnicos y uno se impone fatalmente, ya que sus resultados se contabilizan y se miden, siendo así indiscutibles. Esto recuerda los procesos de modernización agrícola en América Latina, con la imposición de un sistema técnico mecanizado y con fuertes contenidos químicos, sustituyendo el trabajo manual y el saber empírico. Ese es el método técnico-científico para alcanzar la eficiencia y la productividad.

Richard Sennett (2009) discute el avance de los automatismos y de las máquinas inteligentes, cuya base técnica es la microelectrónica, explicando que pueden sustituir hasta los llamados white-collar en diagnósticos médicos o servicios financieros. Estamos ante lo que ese mismo autor (Sennett, 2009) denomina “herramientas espejo” porque nos imitan, como el marcapasos, o nos “amplían”, como la memoria del iPod. Entretanto, los nuevos objetos se acompañan de nuevos lenguajes, a los cuales Lyotard (1990) llama prótesis de pensamiento porque imponen nuevas

operaciones de memoria, consulta, cálculo, gramática, retórica y raciocinio. En ese proceso las palabras de Thierry Gaudin (1999) son reveladoras cuando afirma que, cada vez que la humanidad cambia su forma de escribir, hay cosas que dejan de ser pensadas y otras que dejan de ser escritas. Estructurando buena parte de los objetos actuales, la lógica binaria se vuelve también el fundamento de no pocos sistemas de acción. El resultado es un encuadramiento, la imposición del cálculo y de la razón técnica, con el consecuente aumento de la racionalización del espacio geográfico.

Aunque la información se difunda ampliamente, aquella que realmente interesa sigue siendo restricta —una información-secreto—. Por su tendencia a abarcarlo todo, la información es una variable dominante, por la restricción resultante de su carácter estratégico, es una variable determinante. En un caso o en otro, traba una batalla cotidiana contra su naturaleza perecedera y contra los límites de la memoria de los objetos que la abrigan. Los objetos más triviales enfrentan la exigencia de ampliación de memoria y de actualización de información. Esa dinámica se vuelve cotidiana y su vector es la propaganda, muchas veces fundada exactamente en la necesidad de actualizarse y ampliar la memoria. El desenlace es el uso de una mínima potencialidad de los objetos adquiridos.

En virtud de las técnicas de la información se construyen las solidaridades o interdependencias técnicas que definen la nueva base material y operacional. Imbuidas de automatismos, las técnicas de la información crean el verdadero sistemismo, pues combinan las demás técnicas entre sí. La convergencia entre cibernética, informática y electrónica permite la simultaneidad en la transmisión de textos, órdenes, imágenes y sonidos y, de ese modo, es posible una mayor movilidad de las personas, mercaderías, datos y energía en nuevas escalas y densidades. Nada de esto se realiza sin rígidos controles, mediciones y previsiones a partir de pocos puntos en el territorio.

Sin embargo, esa no es la única novedad de nuestro período. Los nuevos objetos técnicos y la técnica de la información contribuyen hoy para producir acciones tecnificadas. En los días actuales, más que nunca, existe una relación intrínseca entre la estructura de la técnica y la estructura de la acción, que se refuerza gracias al cálculo que busca presidir todas las dinámicas. En palabras de Marcuse (in Habermas, 1994), la técnica es una dominación metódica, científica, calculada y calculante sobre la naturaleza y el hombre. Para Giddens (1984) se crean normas racionales-legales, es decir, formas que se vuelven rutinas, especificando procedimientos y haciendo posible el cálculo económico exacto. De allí la necesidad profunda de normatización de los comportamientos.

Por esas razones, el cálculo está en la base de la técnica y, siendo ésta un elemento constitucional del espacio geográfico, podemos decir que el espacio geográfico abriga hoy una profunda racionalización. Es una racionalización en el uso y en el valor que corresponde, al mismo tiempo, a un contenido existencial y a un fuerte discurso. El sistema técnico más moderno se nos presenta como si fuese la única técnica que está engarzada en el espacio geográfico y la sola forma de trabajar y de producir valores, es decir, el único modo de generar riqueza. Pero, entre las técnicas de acción, hay también técnicas contables que hacen visibles ciertas producciones y desempeños y vuelven invisibles a otros, renovando así el valor capitalista del espacio.

*ESPACIO GEOGRÁFICO NACIONAL:  
PLURALIDAD DE DIVISIONES  
TERRITORIALES DEL TRABAJO*

El análisis de los territorios nacionales permite, ciertamente, exorcizar el discurso de que sólo existe una técnica, una forma única de trabajar y de producir riqueza. El espacio geográfico, sinónimo de territorio usado (Santos, 1994; Santos y Silveira, 2001), comprende las divisiones jurídico-políticas de un país, es decir, el territorio como forma política, sus fronteras, la soberanía, pero también las herencias históricas que permanecen como formas y normas, como paisaje, como cultura y como derecho positivo. No

obstante, el territorio usado se define además por sus actuales contenidos demográficos, culturales, económicos, financieros, fiscales y normativos, como las densidades, la modernización agrícola, el comercio interno y externo, la moneda, entre tantos otros. Ese conjunto de instancias y elementos comporta un enrejado de divisiones territoriales del trabajo heredadas y actuales, que constituye un cuadro dinámico, material e inmaterial, en el cual se da la vida social. Tal retrato revela, entretanto, una fusión tensa y conflictiva, entre las fuerzas de lo global invasor y de lo nacional y local, tantas veces sin defensa, determinando interdependencias de objetos, normas y acciones. Siempre renovándose, esa interdependencia crea un carácter tenso al territorio usado.

Como la dinámica territorial es tensa y conflictiva, la necesidad de normatización es considerable. A cada día, el Estado en sus diversos niveles, o segmentos en el decir de Guillaume (1975), dicta normas, pero son sobre todo las empresas que producen normas. Unas y otras pueden ser consideradas existencias y, de ese modo, representan principios que la acción no puede ignorar. Giddens (1984) nos proporciona un excelente camino de método cuando explica que el ejercicio de la acción encuentra reglas — elementos normativos y códigos de significación — pero también recursos — de autoridad e implantación. Así, algunos agentes desarrollan los recursos necesarios para crear o adaptar las reglas según su

beneficio, revelando su poder en el uso del territorio.

Podríamos decir que a cada período histórico corresponde una división territorial del trabajo, o mejor, un enrejado de divisiones territoriales del trabajo, porque lejos de ser monolítica, es una totalidad diversa y desigual de técnicas, acciones, valores, ideas y órdenes. Es verdad que la división territorial del trabajo más visible es la hegemónica, que se construye con las variables que determinan el movimiento de las demás y que muchos de nuestros gobiernos la muestran como sinónimo de la producción, riqueza y modernización que supuestamente todos anhelamos. Sin embargo, es fundamental reforzar que el espacio geográfico nacional es un enrejado o un tejido que revela, de un lado, las divisiones territoriales del trabajo de las grandes empresas y, de otro, las divisiones territoriales del trabajo de un conjunto desigual de firmas. Tal conjunto de existencias obra como un condicionante para la instalación de nuevas formas de trabajar y de dividir el trabajo y permite, a diferencia de la visión del territorio homogéneo, comprender las permanencias, rupturas y novedades.

Recordando las palabras de Gottmann (1975) diríamos que, para las grandes empresas, el territorio nacional es una plataforma o un recurso utilizado para acceder a los mercados internacionales y así aumentar sus lucros. La lógica que caracteriza esa forma de trabajar

y de repartir el trabajo en una nación es internacional y se vincula más con las reglas de competitividad del producto global y menos con el lugar. De allí la permanente movilidad de esas firmas. Éstas son productoras y usuarias de la tecno-ciencia y de la información que necesitan para sí mismas, es decir, para llevar adelante los procesos productivos, pero también para convencer a los demás de su necesaria superioridad en el territorio nacional. Son también usuarias y productoras de los mecanismos financieros que les permiten alcanzar su condición global y hegemónica, construyendo la actual espesura de la economía inmaterial. Por ello, sus relaciones con los lugares son funcionales, pues demandan aquello que necesitan, extorsionan a los gobiernos cuando las condiciones se vuelven insuficientes o parten cuando carecen de perspectivas satisfactorias. Por esas razones, sus movilizaciones de lucro también alteran significativa y rápidamente la macroeconomía nacional y tanto más lo hacen cuando los gobiernos parecen confundirla con la economía de un puñado de proyectos empresariales.

No obstante, esa superposición de polígonos de acción técnica y de acción política corporativa no constituye el espacio geográfico nacional. El verdadero territorio de la Nación está constituido también por un enorme conglomerado de agentes menos visibles, para quienes, como explica Gottmann (1975), ese mismo territorio es un abrigo o un escudo y no una plataforma.

Esos agentes son firmas que trabajan con bajos grados de tecnología, capital y organización y, por esa causa, sus acciones frecuentemente no superan las fronteras nacionales, los límites regionales o inclusive el barrio. Utilizando técnicas pretéritas, consideradas obsoletas, o técnicas contemporáneas en nuevas combinaciones, pequeñas tiendas recargan cartuchos de impresora, estudios de grabación producen la música de grupos desconocidos, imprentas fabrican folletos para comercios del barrio, modestos laboratorios producen jarabes tradicionales, pequeñas firmas de transporte distribuyen bienes que no fabrican. En ciertas ocasiones, esos establecimientos complementan el trabajo de las grandes empresas, beneficiándose directa o indirectamente de los intersticios de la división territorial del trabajo hegemónica, pero, en otras, no les resultan en absoluto provechosas las formas y acciones impuestas por las grandes, ya que pierden mercados o son desvalorizados.

*OLIGOPOLIOS Y ESTADO:  
¿COOPERACIÓN O CONFLICTO?*

El uso del territorio nunca fue tan selectivo, penalizando a los grupos más pobres, aislados y distantes de los centros productivos y transfiriendo dinero público y social hacia sistemas técnicos para la producción hegemónica moderna y para el comercio exterior. Tal situación no puede ser modificada

por meros asistencialismos, sin enfrentar cambios estructurales en el territorio y en la economía de la Nación.

Ya en la década de 1960, Sylos Labini (1964) se refería al oligopolio concentrado como una nueva forma de mercado. Hoy las grandes firmas invierten para reducir costos de producción y de distribución de bienes ya difundidos y, al mismo tiempo, para desarrollar nuevos productos y mercados en condiciones oligopólicas o inclusive monopolíticas. Según Guimarães (2002), la base de la planificación empresarial suele estar dada por la investigación tecnológica propia, el control del medio y la manutención de mercados. En definitiva, lo que define un oligopolio es la capacidad de la empresa para disminuir los costos, gracias a la renovación tecnológica que permite la mejoría de los desempeños técnicos, y simultáneamente, fijar los precios. De ese modo, los lucros aumentan, aunque nada de esto sucede sin la participación del poder público.

No son pocas las ocasiones en que esa condición oligopólica se alcanza en virtud de su dominio casi exclusivo de una porción del territorio nacional. David Harvey (2008) explica que, en el Estado neoliberal, la competencia resulta en monopolio u oligopolio pues las empresas más fuertes acaban por expulsar del mercado a las menos vigorosas. Pero ese retrato se completa, en opinión del autor (Harvey, 2008), con la legitimación del Estado cuando

maximiza la eficiencia y elimina las barreras a la entrada de competidores. Esto se logra, entre otras cosas, por el uso desigual de la información y por la existencia de patentes que imponen precios de monopolio y evitan las transferencias de tecnología.

En consecuencia, el poder de los oligopolios adviene tanto de la técnica como de la política. El poder técnico de la gran empresa está dado por los contenidos de informática y automatización, entre otras técnicas ya mencionadas. Y el poder político proviene de una acumulación sin relación directa con el tamaño del mercado, de su excesiva financierización y de la inversión en publicidad, que contribuye a ocultar el desvío entre costos y precios y, así, aumentar los lucros. Sería más apropiado decir que, en esas condiciones, esos agentes pueden aumentar el excedente y apropiárselo más fluidamente gracias al perfeccionamiento de los mecanismos de privatización. Con frecuencia, la privatización de servicios básicos ha mercantilizado la esfera social de la vida contemporánea pero, como además lo ha hecho en condiciones oligopólicas, ha creado clientelas cautivas y, de ese modo, el excedente socialmente generado es apropiado por un escaso número de agentes.

Esos agentes expanden sus tareas en áreas y puntos formando nuevas topologías o geometrías, cuyos factores de localización dependen tanto de las condiciones del territorio como de la

política de las firmas. Entretanto, cualquier falta de coincidencia entre la política de la empresa y las condiciones del territorio probablemente encontrará, en el poder público, la llave de la solución.

De esa manera, repartidas las tareas de la gran empresa en amplias topologías, los insumos y productos deben recorrer grandes distancias para unir esos puntos y áreas. Por eso, se tejen en el territorio largos circuitos espaciales de producción que van más allá de los límites regionales. En consecuencia, las regiones revelan la ruptura de tales circuitos, que puede reconocerse en la presencia de etapas iniciales de la producción y etapas finales del consumo minorista. Falta la mayor parte de las etapas, esto es, aquellas en que pueden coexistir agentes de fuerza diferente, incluyendo los que realizan tareas técnicamente más simples. De allí también la dificultad en frenar los procesos de oligopolización. Es frecuente ver regiones donde se desarrolla sólo la extracción de materias primas y la etapa final del consumo, con la presencia de cadenas de supermercados.

El resultado es el crecimiento y modernización de las regiones y ciudades, con el protagonismo del circuito superior de la economía (Santos, 1975; Silveira, 2007), sin que mejore la vida de la mayor parte de la población, pues no se desenvuelve una estructura del ingreso menos regresiva. Aumentan

ciertos ingresos, se expande el consumo moderno y se internacionalizan los círculos de cooperación como las finanzas y la información, provocando un mayor drenaje del dinero recaudado hacia el exterior de la región o inclusive del país. La financierización revela el papel del accionista y su nuevo status en la estructura económica y en la organización del territorio. Esto ayuda a entender la subordinación del empleo e ingreso regionales a mecanismos contables globalizados.

Acompañando ese crecimiento de ciertas regiones, el Estado construye infraestructuras y sanciona nuevas normas. Ese territorio equipado y fluido, aunque selectivamente, asegura la producción moderna y la respectiva unificación material e inmaterial de sus etapas. Cada vez menos, tal unificación representa un costo operacional de las empresas, ya que suelen ser inversiones del Tesoro Nacional o de asociaciones público-privadas. Como asevera Harvey (2008), el poder del Estado en sí, inherente al gobierno, es sustituido la gobernanza, que resulta de fuertes vínculos entre el Estado y los agentes hegemónicos de la sociedad civil. Para Saskia Sassen (2007) surge una nueva geografía del poder, en la cual el Estado negocia la intersección entre la ley nacional y las actividades de los actores económicos extranjeros, creando nuevas legalidades. En ese camino se instalan agencias y otras instancias capaces de crear una normatividad dentro del Estado. Todo esto contribuye para

aumentar el poder de las grandes empresas en el uso del territorio, que modifican sus topologías y su circulación cuantas veces lo consideren necesario. De tal modo, las grandes empresas se vuelven parte y jueces en conflictos de interés con agentes menos poderosos, consolidan situaciones de oligopolio e imponen el uso corporativo del territorio. Así, la expansión de una base productiva nacional más sólida y más equitativa es frenada por tales condiciones políticas y técnicas.

El territorio adquiere, de ese modo, un contenido movedizo, con desvalorizaciones y revalorizaciones de sus porciones. Es una nueva economía política del territorio, cuyos nexos internos responden a una contabilidad global. Por eso no hay como compensar economías regionales que no sean competitivas, la renovación tecnológica debe ser incesante, es necesario robustecer las porciones más rentables del territorio porque éstas insertan el país en el mundo y es fundamental fomentar la competitividad en todos los planos, aunque se trate de salud y educación. Son metas y resultados de un orden neoliberal que creó consenso en torno a sus políticas y que contó con un fuerte apoyo internacional (Sader, 2009). De allí la ingobernabilidad del territorio nacional.

Ese crecimiento nacional y regional en condiciones oligopólicas tiene efectos doblemente perversos. De un lado, la reducción del empleo

y de las posibilidades de producción para las empresas menos modernas, que es concomitante al crecimiento del consumo imitativo (Hamilton, 2006; Bauman, 2007), al endeudamiento, al abandono de porciones del territorio, a la privatización de bienes de interés común (Lille y Verschave, 2003), alimentan el círculo vicioso de la pobreza estructural (Santos, 2000) y agravan las desigualdades socio-espaciales. Si tomamos las informaciones de varios países latinoamericanos vemos que el consumo aumentó extraordinariamente y esto suele ser utilizado para afirmar la mejoría de la situación nacional. Pero observando con más atención, vemos que el consumo y la pobreza aumentaron al mismo tiempo y esto sucedió por numerosas razones. En primer lugar, los bienes sin los cuales la vida social va a la deriva fueron arrojados al mercado, como por ejemplo la educación, la salud y la previsión social; en segundo lugar, el crédito de diferentes especies crece aceleradamente con la legitimación de los gobiernos que creen, sin considerar las tasas leoninas, que amplía el acceso de los pobres y las clases medias al consumo; y en tercer lugar, la profusión de bienes y servicios que, al sabor de la propaganda, parecen volverse esenciales.

El segundo efecto perverso del crecimiento en condiciones oligopólicas es aquello a que Milton Santos (2000) se refiere como “confusión de los espíritus” o de las mentes. En un país que crece es muy difícil apuntar al

equivoco. Muchas veces se menciona, con eufemismos, el precio a pagar para insertarnos en el mercado mundial, las regiones que ganan y la modernización. En realidad, el precio a pagar es que esas regiones modernas no controlan más su destino, tienen contenidos políticos altamente contradictorios y producen falsas horizontalidades, con nuevas alianzas entre burguesías locales y capitales internacionales. Gaudin (1999) considera que ese proceso es un etnocidio, porque un país o una región crecen económicamente matando su cultura, su forma de trabajar, aumentando su alienación y su vulnerabilidad pero que, a diferencia de un genocidio, sucede sin derramar una única gota de sangre.

## DISCUSIÓN

### *EL FUTURO COMO POSIBILIDAD, OTRO PACTO TERRITORIAL*

Ese *modus fasciendi* de las grandes empresas encuentra recursos de autoridad y de implantación en la ideología del crecimiento, así como en los respectivos diagnósticos de los experts de la administración pública y de la consultoría privada. Es a partir de tales experts que los debates políticos sobre bienes de derecho común son confiscados y transformados en ejercicios tecnocráticos de base contable. Por esas razones, Santos (2000) pero también Sapir (2002) hablan de la “muerte de la

política”. La política cede su lugar a la gestión y a la administración, amparadas en la gobernanza.

Pero, sin política la ciudadanía no tiene protección y una división territorial del trabajo se impone como resultado del ejercicio sin freno de las grandes corporaciones. Es un “pacto territorial” (sensu Santos, 1987) funcional a esa división territorial del trabajo hegemónica. Cuando nos referimos a un “pacto territorial” hacemos alusión a los grupos económicos y políticos que participan y a las actividades económicas que serán priorizadas, determinando nuevas jerarquías regionales.

Pero esas reorganizaciones territoriales no se dan sin conflictos. Esa es la razón de la multiplicación de normas para regularlos y de la profusión de discursos para ocultarlas y calmar a los descontentos. No sorprende que surjan conflictos cuando el principio de competitividad sin cuartel, que está en la base de la actual ideología del crecimiento, sustituye el principio de la utilidad recíproca del trabajo, tal como fue formulado por el historiador Pierre Rosanvallon (1995). Las actividades generadoras de divisas deben ser priorizadas y el trabajo que ya no es útil en ese orden se desvaloriza o es eliminado. La ingobernabilidad que adviene de esas divisiones y fragmentaciones socio-espaciales acaba por provocar la adhesión de muchos a la idea de seguridad, que se vuelve, como explica Agamben (2008), “la categoría política

central”. De ese modo, lejos de impedir el desorden se busca gerenciarlo (Agamben, 2008). Además de ser una cuestión política y cívica de la mayor envergadura por los términos en que el debate se plantea, la centralidad de la seguridad descortina nuevos horizontes mercantiles.

De tal modo, el crecimiento y la modernización vinculados a un orden corporativo conducen a una intensa producción de desorden en la sociedad como un todo, ya que provocan la ruptura de interdependencias de las variables presentes en el lugar para imponer principios de organización externos y ajenos a los lugares. Estos principios son realizados por variables alienígenas que hoy determinan el movimiento del todo.

Las burocracias privadas y públicas se multiplican para ejercitar tales principios y reproducir la racionalidad dominante, a la que subordinan grupos, lugares, trabajos y técnicas. En ese contexto las palabras de Gaudin (1978), al referirse a las “técnicas del príncipe”, adquieren actualidad, pues son aquellas que utilizan medios importantes y experts, amplían sin inventar, sirven al poder y les es difícil producir los objetos simples capaces de liberar al hombre de sus esfuerzos cotidianos. Hoy serían las técnicas de alto desempeño y velocidad en la producción y circulación de dinero e información, técnicas rígidas e invasoras de la producción, “técnicas de intrusión” (Mattelart, 2009) como

los bio-registros y todo el abanico de cámaras y otros dispositivos de control.

Sin embargo, la dinámica de las situaciones presentes contiene simientes de futuros posibles. Fluidez y control, desvalorización del trabajo, racionalización extrema, pobreza estructural, universos simbólicos que sustentan la división territorial del trabajo hegemónica llevan a una pérdida de sentido para la mayoría y a una producción de escasez que es concomitante a la producción de riqueza. Sin embargo, es fundamental discutir estos problemas más allá de la lógica dominante, pues no podremos ampliar los horizontes en un sistema que fue creado para imponer y fortalecer los límites. Si las cosas fuesen pensadas desde otros prismas como, por ejemplo, a partir de la dinámica del lugar, que es incompletamente globalizada, y no de la lógica del producto, que es completamente globalizada, tal vez fuese posible descubrir la escasez de aquellos bienes capaces de eliminar el handicap entre actores sociales. Reconocer áreas de identidad (Santos, 2000), legitimadas por las propias condiciones de existencia e insertas en el territorio nacional que les da sentido, puede ser un camino. Las condiciones de existencia se reconstruyen, cada día, a partir de técnicas e ideas plurales o, en otras palabras, con “técnicas populares” (Gaudin, 1978), es decir, aquellas que incitan y representan el hacer y la imaginación de muchas personas, inventando objetos útiles para la vida cotidiana, aunque su

éxito sea ocultado o confiscado por los medios de comunicación, por el gobierno o por las grandes empresas. Porque requieren inteligencia para funcionar y responden a usos y escalas distintos, esas técnicas divisibles, flexibles, dulces y dóciles (Gaudin, 1978; Santos, 1996) conducen a los usos populares de lo que es banal (Martín-Barbero, 2006).

Se trata de una profunda interdependencia de los actores en el lugar pues unos trabajan para otros, aunque las relaciones sean desiguales y signadas por la subordinación. Los hombres lentos, como enunciado por Milton Santos (2000), descubren que las imágenes prefabricadas de la globalización son espejismos y fabulaciones, porque buscan un futuro soñado como carencia a satisfacer, sea de consumo material o inmaterial, sea político, de participación y ciudadanía. En medio de una multiplicación de acontecimientos, demandas, relaciones y símbolos, que constituye la globalización, es fundamental ver en los lugares esa pluralidad y la forma en que se hace política y se usa la técnica, cómo se crea la cultura y se produce el mercado, para comprender la emoción, la desobediencia, la espontaneidad, el pragmatismo, la “irracionalidad” que impregna las acciones. Quien tiene más poder en la sociedad impone formas de usar el territorio y de contar la historia del presente. Pero actores que tienen otras manifestaciones existenciales, a veces efímeras, acaban teniendo más fuerza en el territo-

rio contiguo donde otras divisiones del trabajo, no obligatoriamente modernas, coexisten. No es el reino de la velocidad, sino un territorio dinámico, matriz de la vida social. Ese territorio dinámico tal vez nos permita, si tenemos una mirada más atenta y más crítica, reconocer la existencia de esa vida plural, pensar el futuro y sugerir otros pactos territoriales.

## AGRADECIMIENTOS

Quisiera agradecer a la Universidad Academia de Humanismo Cristiano y en especial a la carrera de geografía, representada por Marcelo Garrido, la invitación a participar en el ciclo de conferencias sobre geografía y debate teórico contemporáneo, de donde proviene este trabajo.

## BIBLIOGRAFÍA

Bauman, Z. (2007). *Vida de consumo*. Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 2007, 205 pp.

Bauman, Z. (2008). *Archipiélago de excepciones*. Comentarios de Giorgio Agamben y debate final. Katz, Madrid-Barcelona, 2008, 134 pp.

Chatterjee, P. (2008). *La nación en tiempo heterogéneo y otros estudios subalternos*. Siglo XXI-CLACSO, Buenos Aires, 296 pp.

Chesnais, F. (2005). *O capital portador de juros: acumulação, internacionalização, efeitos econômicos e políticos*. En: *A fi-*

*nança mundializada: raízes sociais e políticas, configuração, conseqüências* (eds: Chesnais, F.), Boitempo, São Paulo. Cap 1: 35-67.

Cohen, Y. & Tarnero, J. (1994). *Introduction*. Alliage, *Pour penser la technique*, 20-21 : 9-14.

Ellul, J. (1968). *A técnica e o desafio do século*. Paz e Terra, Rio de Janeiro, 1968, 445 pp.

Gaudin, T. (1978). *L'écoute des silences, les institutions contre l'innovation?* Union Générale des Éditions, Paris, 260 pp.

Gaudin, T. (1999). *Economia cognitiva*. Beca, São Paulo, 109 pp.

Giddens, A. (1984). *La constitution de la société*. Presses Universitaires de France, Paris, 474 pp.

Gottmann, J. (1975). *The evolution of the concept of territory*. *Soc. Sci. Information*, 14, ¾ : 29-47.

Guillaume, M. (1975). *Le capital et son double*. Presses Universitaires de France, Paris.

Guimarães, S. P. (2002). *Quinhentos anos de periferia: uma contribuição ao estudo da política internacional*. 4 ed., Contraponto, Rio de Janeiro, 166 pp.

Habermas, J. (1994). *Técnica e Ciência como "Ideologia"*. Edições 70, Lisboa, 147 pp.

Hamilton, C. (2006). *El fetiche del crecimiento*. Lactoli, Pamplona, 254 pp.

Harvey, D. (2008). *O neoliberalismo: história e implicações*. Loyola, São Paulo, 249 pp.

Ladrière, J. (1977). *Les enjeux de la rationalité. Le défi de la science et de la technologie aux cultures*. Aubier-Montaigne/Unesco, 219 pp.

- Latour, B. (2008). *Reensamblar lo social. Una introducción a la teoría del actor-red*. Manantial, Buenos Aires, 390 pp.
- Lille, F. & Verschave, F.-X. (2003). *On peut changer le monde. À la recherche des biens publics mondiaux*. La Découverte, Paris, 126 pp.
- Liotard, J.-F. (1990). *O Pós-Moderno*. 3 ed., Olympe, 147 pp.
- Martín-Barbero, J. (2006). *Recepción de los medios y consumo cultural: travesías*. En: *El consumo cultural en América Latina. Construcción teórica y líneas de investigación* (ed: Sunkel, G.), 2 ed., Andrés Bello, Bogotá. Cap 1: 47-71.
- Mattelart, A. (2009). *Un mundo vigilado*. Paidós, Barcelona, 284 pp.
- Prades, J. (1992). *La Technoscience. Les fractures des discours*. L'Harmattan, Paris.
- Ramonet, I. (1998). *Introducción*. En: *Pensamiento crítico vs. Pensamiento único* (ed: Ramonet, I.), *Le Monde Diplomatique*, edición española, Madrid: L-Press. *Introducción*: 15-17.
- Rosanvallon, P. (1995). *La nueva cuestión social. Repensar el Estado providencia*. Manantial, Buenos Aires, 215 pp.
- Sader, E. (2009). *A nova toupeira. Os caminhos da esquerda latino-americana*. Boitempo, São Paulo, 190 pp.
- Santos, M. (1975). *L'Espace Partagé. Les deux circuits de l'économie urbaine des pays sous-développés*. M.-Th. Génin, Librairies Techniques, Paris, 405 pp.
- Santos, M. (1987). *O espaço do cidadão*. São Paulo, Nobel, 142 pp.
- Santos, M. (1988). *Espaço e Método*. Nobel, São Paulo, 88 pp.
- Santos, M. (1994). *O Retorno do Território*. En: *Território: Globalização e Fragmentação* (ed: Santos, M. et al.), Hucitec-Anpur, São Paulo. Cap. 1: 15-20.
- Santos, M. (1996). *A natureza do espaço. Técnica e Tempo. Razão e Emoção*. Hucitec, São Paulo, 308 pp.
- Santos, M. (2000). *Por uma outra globalização. Do pensamento único à consciência universal*. Record, Rio de Janeiro, 174 pp.
- Santos, M. & Silveira, M.L. (2001). *O Brasil: território e sociedade no início do século XXI*. Record, Rio de Janeiro, 471 pp.
- Sapir, J. (2002). *Les économistes contre la démocratie. Pouvoir, mondialisation et démocratie*. Albin Michel, Paris, 259 pp.
- Sassen, S. (2007). *A Sociology of Globalization*. *Contemporary Societies*, Jeffrey C. Alexander, Norton & Company, New York-London, 308 pp.
- Sennet, R. (2009). *O artífice*. Record, Rio de Janeiro, 360 pp.
- Silveira, M. L. (2007). *Metrópolis brasileiras: un análisis de los circuitos de la economía urbana*. *Eure*, Santiago, Chile, XXXIII, 100: 149-164. <http://www.scielo.cl/eure.htm>
- Sylos Labini, P. (1965). *Oligopolio y progreso técnico*. Oikos-tau, Barcelona, 218 pp.
- Zaoual, H. (2006). *Nova economia das iniciativas locais: uma introdução ao pensamento pós-global*. DP & A, Consulado Geral da França, COPPE/UFRJ, Rio de Janeiro, 253 pp.

Revisor: Antonio Rivera Hutinel

Recibido: Enero 2011; Aceptado: Marzo 2011